

201

**CUADERNOS
DE DIFUSION
DEL MARXISMO
LENINISMO
MAOISMO**

SUPLEMENTO

hoy 

servir al pueblo

Semanario del
Partido Comunista
Revolucionario
de La Argentina

Lenin

Organización sindical y
organización revolucionaria

Presentación



*El texto que aquí publicamos está extractado de la obra de Lenin **¿Qué hacer? Problemas candentes de nuestro movimiento**, escrito entre fines de 1901 y comienzos de 1902. Se refiere fundamentalmente a la diferencia entre la organización de los obreros (los sindicatos, que luchan por las reivindicaciones de los trabajadores dentro del sistema) y la organización de los revolucionarios (el partido socialdemócrata, que lucha por el poder de la clase obrera enfrentando al sistema), con particular referencia a la situación de esos años en Rusia.*

Cuando Lenin se refiere a la política socialdemócrata o revolucionaria socialdemócrata, está hablando de la política revolucionaria marxista, que hoy se identifica como comunista revolucionaria en contraposición a la reformista, revisionista del marxismo-leninismo.

El debate de Lenin con los llamados economicistas, porque sostienen que la conciencia política de los trabajadores se logra principalmente desde la lucha económica y social –privilegiando la lucha política sindical y/o social por sobre la lucha política y descuidando, en consecuencia, a la organización del partido revolucionario de la clase obrera– adquiere particular importancia para la orientación de la actividad política revolucionaria en el actual auge de la lucha reivindicativa económica y social y de recuperación por el clasismo de numerosos cuerpos de delegados, comisiones internas y sindicatos de base en el movimiento obrero.

Sobre la relación entre la política sindicalista y la política socialdemócrata (hoy, comunista revolucionaria), ya nos hemos ocupado en cuadernos anteriores (números 180 y 181: “Sobre el sindicalismo [1] y [2]”). Los extractos que aquí publicamos, como decimos arriba, se refieren específicamente al distinto tipo de organización que implican esas políticas, tomados del capítulo respectivo de esa obra de Lenin.■

¿Qué hacer?

Marzo de 1902
(extractos)

IV

LOS METODOS ARTESANOS DE TRABAJO DE LOS ECONOMICISTAS Y LA ORGANIZACIÓN DE LOS REVOLUCIONARIOS

c) La organización de los obreros y la organización de los revolucionarios

Si en el concepto de “lucha económica contra los patronos y el gobierno” se engloba, para un socialdemócrata, el de “lucha política”, es natural esperar que el concepto de “organización de revolucionarios” quede más o menos englobado en el de “organización de obreros”.

Es lo que realmente ocurre, de suerte que, cuando hablamos de organización, resulta que hablamos literalmente en lenguas diferentes.

Recuerdo, por ejemplo, como si fuera ahora mismo una conversación que tuve un día con un economista bastante consecuente, al que yo antes no conocía.

La conversación giraba en torno al folleto *¿Quién hará la revolución política?* Pronto convinimos en que el defecto capital de este folleto consistía en no tener en cuenta la cuestión de la organización. Nos figurábamos estar ya de acuerdo, pero..., al seguir la conversación, resultó que hablábamos de cosas diferentes.

Mi interlocutor acusaba al autor de no tener en cuenta las cajas de resistencia para casos de huelga, las

sociedades de socorros mutuos, etc.; yo, en cambio, pensaba en la organización de revolucionarios indispensable para “hacer” la revolución política. ¡Y, en cuanto se reveló esta discrepancia, yo no recuerdo haber estado jamás de acuerdo sobre ninguna cuestión de principio con este economicista!

Más ¿en qué consistía el motivo de nuestras discrepancias?

Precisamente en que los economicistas se desvían constantemente del socialdemocratismo hacia el sindicalismo, tanto en las tareas de organización como en las tareas políticas.

La lucha política de la socialdemocracia es mucho más amplia y más compleja que la lucha económica de los obreros contra los patronos y el gobierno.

Del mismo modo (y como consecuencia de ello), la organización de un partido socialdemócrata revolucionario debe ser inevitablemente de un género distinto que la organización de los obreros para la lucha económica.

La organización de los obreros debe ser, en primer lugar, sindical; en segundo lugar, debe ser lo más extensa posible; en tercer lugar, debe ser lo menos clandestina posible (aquí y en lo que sigue me refiero, claro está, sólo a la Rusia autocrática). Por el contrario, la organización

de los revolucionarios debe englobar ante todo y sobre todo a gentes cuya profesión sea la actividad revolucionaria (por eso, yo hablo de una organización de los revolucionarios, teniendo en cuenta a los revolucionarios socialdemócratas).

Ante esta característica general de los miembros de una tal organización debe desaparecer en absoluto toda distinción entre obreros e intelectuales, por no hablar ya de la distinción entre las diversas profesiones de unos y otros. Esta organización, necesariamente, no debe ser muy extensa, y es preciso que sea lo más clandestina posible. Detengámonos sobre estos tres puntos distintivos.

En los países que gozan de libertad política, la diferencia entre la organización sindical y la organización política es completamente clara, como es también clara la diferencia que existe entre los sindicatos y la socialdemocracia.

Las relaciones de esta última con los sindicatos, desde luego, varían inevitablemente de unos países a otros, según las condiciones históricas, jurídicas, etc., pudiendo ser más o menos estrechas, complejas, etc. (desde nuestro punto de vista, deben ser lo más estrechas y lo menos complejas posible), pero no puede ni hablarse en los países libres de identificar la

organización de los sindicatos con la organización del Partido socialdemócrata.

En Rusia, en cambio, el yugo de la autocracia borra, a primera vista, toda distinción entre la organización socialdemócrata y el sindicato obrero, pues todo sindicato obrero y todo círculo están prohibidos, y la huelga, principal manifestación y arma de la lucha económica de los obreros, se considera en general crimen de derecho común (¡y, a veces, incluso delito político!).

De esta suerte, las condiciones de Rusia, de una parte, “incitan” con fuerza a pensar en las cuestiones políticas a los obreros que luchan en el terreno económico, y, de otra, “incita” a los socialdemócratas a confundir el sindicalismo con el socialdemocratismo (nuestros Krichevski, Martínov y consortes, que no cesan de hablar de la “incitación” del primer género, no se dan cuenta de la “incitación” del segundo género).

En efecto, imaginémonos a gentes absorbidas en un 99 por 100 por “la lucha económica contra los patronos y el gobierno”.

Los unos, durante todo el período de su actuación (de 4 a 6 meses), no pensarán jamás en la necesidad de una organización más compleja de revolucionarios.

Los otros, tal vez, “tropezarán” con la literatura bernsteiniana, relativamente bastante difundida, y adquirirán la convicción de que lo que importa esencialmente es la “marcha progresiva de la lucha cotidiana y gris”.

Otros, en fin, se dejarán acaso seducir por la tentadora idea de dar al mundo un nuevo ejemplo de “estrecho contacto orgánico con la lucha proletaria”, de contacto del movimiento sindical con el movimiento socialdemócrata. Cuanto más tarde llega un país al capitalismo y, por consiguiente, al movimiento obrero, dirán estas gentes, tanto más pueden participar los socialistas en el movimiento sindical y apoyarlo, y menos puede y debe haber sindicatos no-socialdemócratas. Hasta ahora el razonamiento es perfectamente justo, pero la desgracia consiste en que van más lejos y sueñan con una fusión completa entre el socialdemocratismo y el sindicalismo.

Las organizaciones obreras para la lucha económica deben ser organizaciones sindicales. Todo obrero socialdemócrata debe, dentro de lo posible, apoyar a estas organizaciones y trabajar activamente en ellas.

De acuerdo. Pero es en absoluto contrario a nuestros intereses exigir que únicamente los socialdemócratas puedan ser miembros de las

uniones “gremiales”, ya que esto reduciría el alcance de nuestra influencia sobre la masa. Que participe en la unión gremial todo obrero que comprenda la necesidad de la unión para la lucha contra los patronos y contra el gobierno. El fin mismo de las uniones gremiales sería inasequible si no agrupasen a todos los obreros capaces de comprender aunque no fuese más que esta noción elemental, si estas uniones gremiales no fuesen unas organizaciones muy amplias. Y cuanto más amplias sean estas organizaciones, tanto más amplia será nuestra influencia en ellas, influencia ejercida no solamente por el desarrollo “espontáneo” de la lucha económica, sino también por la acción directa y consciente de los miembros socialistas de los sindicatos sobre sus camaradas.

Pero, en una organización amplia, la clandestinidad rigurosa es imposible (pues exige mucha más preparación que la que es necesaria para la participación en la lucha económica).

¿Cómo conciliar esta contradicción entre la necesidad de contar con efectivos numerosos y el régimen clandestino riguroso? ¿Cómo conseguir que las organizaciones gremiales sean lo menos clandestinas posible?

En general, no puede haber más que dos vías: o bien la legalización de

las asociaciones gremiales (que en algunos países ha precedido a la legalización de las asociaciones socialistas y políticas), o bien el mantenimiento de la organización secreta, pero tan “libre”, tan poco reglamentada, tan lose [amplia, libre], como dicen los alemanes, que para la masa de los afiliados el régimen clandestino quede reducido casi a la nada.

La legalización de los sindicatos obreros no-socialistas y no-políticos ha comenzado ya en Rusia, y no cabe la menor duda que cada paso de nuestro movimiento obrero socialdemócrata, que crece en progresión rápida, alentará y multiplicará las tentativas de legalización, tentativas realizadas principalmente por los partidarios del régimen existente, pero también, en parte, por los mismos obreros y los intelectuales liberales.

Los Vasíliev y los Subátov han izado ya la bandera de la legalización; los señores Oserov y Worms ya les han prometido y facilitado su concurso, y la nueva corriente ha encontrado ya adeptos entre los obreros. Y nosotros no podemos dejar de tener en cuenta esta corriente. Sobre la forma en que hay que tenerla en cuenta difícilmente puede existir, entre los socialdemócratas, más de una opinión.

Nuestro deber consiste en desen-



Asamblea y debate en una fábrica en Rusia.

Lenin: "(...) nuestra obra no consiste en abogar que el revolucionario sea rebajado al nivel del artesano, sino en elevar a éste al nivel del revolucionario."

mascarar infatigablemente toda participación de los Subátov y los Vasíliev, de los gendarmes y los popes en esta corriente, y revelar a los obreros las verdaderas intenciones de estos elementos.

Nuestro deber consiste en desmascarar asimismo toda nota conciliadora, de "armonía", que se deslice en los discursos de los liberales en las reuniones obreras públicas, ya se de-

ban estas notas a que dichas gentes crean sinceramente que es deseable una colaboración pacífica de las clases, ya a que tengan el deseo de congraciarse con las autoridades, o a inhabilidad simplemente.

Tenemos, en fin, el deber de poner en guardia a los obreros contra los lazos de la policía, que en estas reuniones públicas y en las sociedades autorizadas observa a las "cabe-

zas locas” y trata de aprovecharse de las organizaciones legales para introducir provocadores también en las ilegales. [...]]

Un pequeño núcleo estrechamente unido, compuesto por los obreros más seguros, más experimentados y mejor templados, con delegados en los principales barrios y en conexión rigurosamente clandestina con la organización de revolucionarios, podrá perfectamente, con el más amplio concurso de la masa y sin reglamentación alguna, realizar todas las funciones que competen a una organización sindical, y realizarlas, además, precisamente, de la manera deseable para la socialdemocracia. Solamente así se podrá consolidar y desarrollar, a pesar de todos los gendarmes, el movimiento sindical socialdemócrata.

Se me objetará que una organización tan lose, nada reglamentada, sin ningún miembro conocido y registrado, no puede ser calificada de organización. Es posible, para mí la denominación no tiene importancia. Pero esta “organización sin miembros” hará todo lo necesario y asegurará desde el comienzo mismo un contacto sólido entre nuestros futuros sindicatos y el socialismo. Los que –bajo el absolutismo– quieren una amplia organización de obreros, con elecciones,

informes, sufragio universal, etc., son unos utopistas incurables.

La moraleja es simple: si comenzamos por establecer una fuerte organización de revolucionarios, podremos asegurar la estabilidad del movimiento en su conjunto, realizar, al mismo tiempo, los objetivos socialdemócratas y los objetivos propiamente sindicalistas.

Pero si comenzamos por constituir una amplia organización obrera con el pretexto de que ésta es la más “accesible” a la masa (en realidad, es a los gendarmes a quienes será más accesible y pondrá a los revolucionarios más al alcance de la policía), ni realizaremos ninguno de estos objetivos, no nos desembarazaremos de nuestros métodos primitivos y, con nuestro fraccionamiento y nuestros fracasos continuos, no lograremos otra cosa que hacer más accesibles a la masa los sindicatos del tipo Subátov u Oserov. [...]]

“Un Comité formado por estudiantes no nos conviene porque es inestable”. ¡Perfectamente justo! Pero la conclusión que hay que sacar de ello es que hace falta un Comité de revolucionarios profesionales, sin que importe si son estudiantes u obreros quienes sean capaces de forjarse como tales revolucionarios profesionales.





Marcha conjunta CCC-CTA en la ciudad de Buenos Aires, en marzo de 2011.

¡En cambio, vosotros sacáis la conclusión de que no hay que estimular desde el exterior al movimiento obrero! En vuestra ingenuidad política, ni siquiera os dais cuenta de que hacéis así el juego a nuestros economistas y a nuestros métodos primitivos.

Permitidme una pregunta: ¿Cómo han “estimulado” nuestros estudiantes hasta el presente a nuestros obreros? Únicamente aportando los estudiantes a los obreros las briznas de conocimientos políticos que ellos

tenían, las briznas de ideas socialistas que habían podido adquirir (pues el principal alimento espiritual del estudiante de nuestros días, el marxismo legal, no ha podido darle más que el abecedario, no ha podido darle más que briznas). Este “estímulo desde el exterior” no ha sido muy considerable, sino, al contrario, insignificante, escandalosamente insignificante en nuestro movimiento, pues no hemos hecho más que cocernos con demasiado celo en nuestra propia salsa, prosternarnos dema-

siado servilmente ante la elemental “lucha económica de los obreros contra los patronos y el gobierno”.

Nosotros, revolucionarios de profesión, debemos “estimular” así, cien veces más, y estimularemos.

Pero precisamente porque elegís esta infame expresión de “estímulo desde el exterior”, expresión que inspira de modo inevitable al obrero (al menos, al obrero tan poco desarrollado como vosotros) la desconfianza hacia todos los que le aportan desde el exterior conocimientos políticos y experiencia revolucionaria, despertando el deseo instintivo de rechazar a todos ellos, obráis como demagogos, y los demagogos son los peores enemigos de la clase obrera.

¡Sí, sí! ¡Y no os apresuréis a chillar a propósito de mis “procedimientos” polémicos “faltos de espíritu de camaradería”!

Yo no pongo en entredicho la pureza de vuestras intenciones; ya he dicho que la ingenuidad política basta para hacer de una persona un demagogo. Pero he demostrado que habéis descendido hasta la demagogia, y no me cansaré de repetir que los demagogos son los peores enemigos de la clase obrera. Y son los peores, precisamente porque excitan los malos instintos de la multitud, y les es imposible a los obreros atrasados

reconocer a dichos enemigos, los cuales se presentan, y, a veces, sinceramente, en calidad de amigos. Son los peores, porque, en este período de dispersión y de vacilación, en que la fisonomía de nuestro movimiento aun está formándose, no hay nada más fácil que arrastrar demagógicamente a la multitud, a la cual sólo las pruebas más amargas lograrán después persuadir de su error. [...]]

“Es más fácil cazar a una decena de hombres inteligentes que a un centenar de imbéciles”. Este excelente axioma (que os valdrá siempre los aplausos del centenar de imbéciles) parece evidente únicamente porque, en el curso de vuestro razonamiento, habéis saltado de una cuestión a otra.

Habíais comenzado por hablar y seguís hablando de la captura del “comité”, de la captura de la “organización”, y ahora habéis saltado a otra cuestión, a la captura de las “raíces” “profundas” del movimiento.

Naturalmente, nuestro movimiento es indestructible sólo porque tiene centenares y centenares de millares de raíces en lo hondo del movimiento, pero no es de esto de lo que se trata, ni mucho menos.

En lo que se refiere a las “raíces profundas”, tampoco ahora se nos puede “capturar”, a pesar del carácter primitivo de nuestros métodos de

trabajo, y, sin embargo, todos deplo-ramos y no podemos menos de de-plorar la captura de “organizacio-nes”, que impide toda continuidad en el movimiento.

Ahora bien, ya que planteáis la cuestión de la captura de las organi-zaciones e insistís en tratar de ella, os diré que es mucho más difícil pescar a una decena de hombres intelligen-tes que a un centenar de imbéciles; y seguiré sosteniéndolo sin hacer nin-gún caso de vuestros esfuerzos para azuzar a la multitud contra mi “anti-democratismo”, etc.

Por “hombres inteligentes” en materia de organización hay que entender tan sólo, como lo he indi-cado en varias ocasiones, los revolu-cionarios profesionales, lo mismo da que sean estudiantes u obreros quienes se forjen como tales revolu-cionarios profesionales.

Pues bien, yo afirmo:

1) que no puede haber un movi-miento revolucionario sólido sin una organización de dirigentes estable y que asegure la continuidad;

2) que cuanto más extensa sea la masa espontáneamente incorporada a la lucha, masa que constituye la ba-se del movimiento y que participa en él, más apremiante será la necesidad de semejante organización y más só-lida tendrá que ser ésta (ya que tanto



Reunión del Soviet de diputados de soldados en el salón Catalina del palacio Táuride, en Moscú.

más fácilmente podrá toda clase de demagogos arrastrar a las capas atrasadas de la masa);

3) que dicha organización debe estar formada, fundamentalmente, por hombres entregados profesio-nalmente a las actividades revolucio-narias;

4) que en el país de la autocracia,

cuanto más restrinjemos el contingente de los miembros de una organización de este tipo, hasta no incluir en ella más que aquellos afiliados que se ocupen profesionalmente de actividades revolucionarias y que tengan ya una preparación profesional en el arte de luchar contra la policía política, más difícil será “cazar” a esta organización, y

5) mayor será el número de personas tanto de la clase obrera como de las demás clases de la sociedad que podrán participar en el movimiento y colaborar activamente en él. [...]

La cuestión de si es más fácil pescar a “una decena de hombres inteligentes” que a “un centenar de imbéciles” se reduce a la cuestión que he analizado más arriba de si es compatible una organización de masas con la necesidad de mantener un régimen estrictamente clandestino.

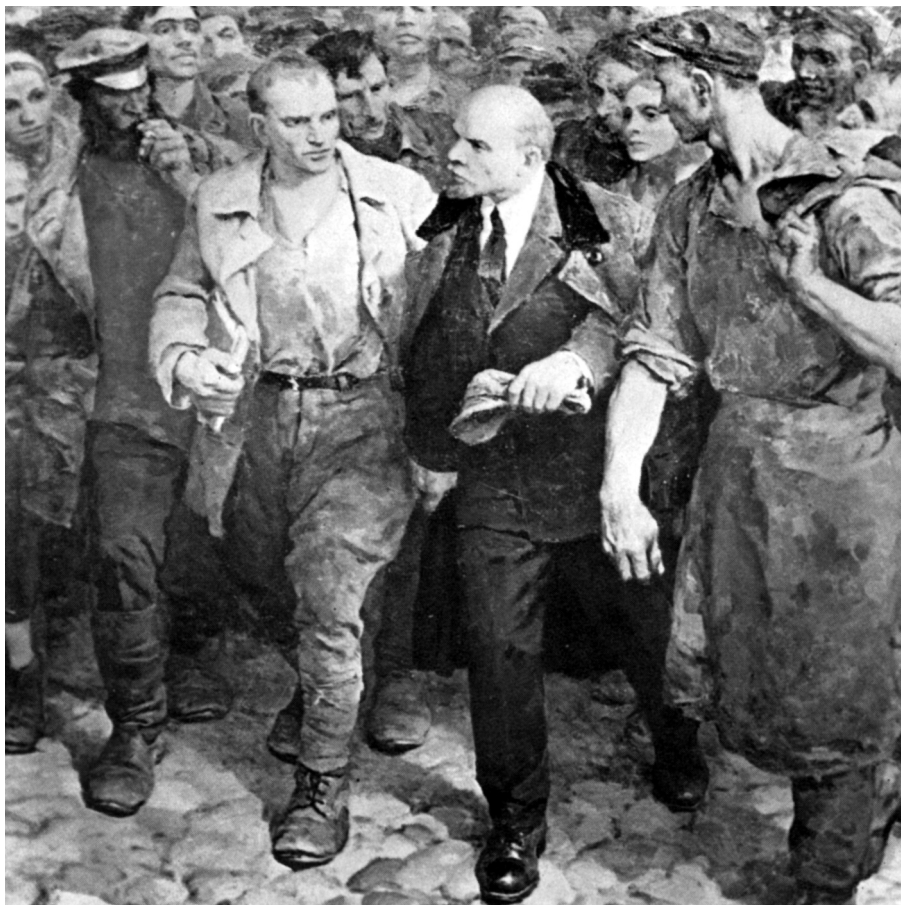
Nunca podremos dar a una organización vasta el carácter clandestino indispensable para una lucha firme y continuada contra el gobierno. Y la concentración de todas las funciones clandestinas en manos del número más pequeño posible de revolucionarios profesionales no significa en modo alguno que estos últimos “pensarán por todos”, que la muchedumbre no participará activamente en el movimiento.

Al contrario, la muchedumbre hará surgir de su seno a un número cada vez mayor de revolucionarios profesionales, pues sabrá entonces que no basta que algunos estudiantes y obreros que luchan en el terreno económico se reúnan para constituir un “comité”, sino que es necesario formarse, a través de años, como revolucionarios profesionales, y “pensará” no tan sólo en los métodos primitivos de trabajo, sino precisamente en esta formación.

La centralización de las funciones clandestinas de la organización no implica en manera alguna la centralización de todas las funciones del movimiento.

Lejos de disminuir, la colaboración activa de las masas en las publicaciones ilegales se decuplicará, cuando una “decena” de revolucionarios profesionales centralicen la edición clandestina de dichas publicaciones.

Así, y sólo así, conseguiremos que la lectura de las publicaciones ilegales, la colaboración en ellas y, en parte, hasta su difusión dejen casi de ser una obra clandestina, pues la policía comprenderá pronto cuán absurdas e imposibles son las persecuciones judiciales y administrativas contra cada poseedor o propagador de publicaciones tiradas por millares de ejemplares.



Lenin rodeado de obreros. "(...) la organización de un partid socialdemócrata revolucionario debe ser inevitablemente de un género distinto que la organización de los obreros para la lucha económica."

Lo mismo cabe decir no sólo de la prensa, sino de todas las funciones del movimiento, incluso las manifestaciones.

La participación más activa y más amplia de las masas en una manifes-

tación no sólo no saldrá perjudicada, sino que, por el contrario, tendrá muchas más probabilidades de éxito si una "decena" de revolucionarios profesionales, probados, bien adiestrados, al menos tan bien como

nuestra policía, centraliza el trabajo clandestino en todos sus aspectos: edición de octavillas, elaboración del plan aproximado, nombramiento de los dirigentes para cada barriada de la ciudad, cada grupo de fábrica, cada establecimiento de enseñanza, etc. (se dirá, ya lo sé, que mis concepciones son “antidemocráticas”, pero más adelante refutaré de manera detallada esta objeción nada inteligente). La centralización de las funciones más clandestinas por la organización de los revolucionarios no debilitará, sino que enriquecerá la amplitud y el contenido de la actividad de una gran cantidad de otras organizaciones destinadas al gran público, y, por consiguiente, lo menos reglamentadas y lo menos clandestinas posible: sindicatos obreros, círculos obreros instructivos y de lectura de publicaciones ilegales, círculos socialistas, círculos democráticos para todos los demás sectores de la población, etc., etc.

Tales círculos, sindicatos y organizaciones son necesarios por todas partes; es preciso que sean lo más numerosos, y sus funciones, lo más variadas posible, pero es absurdo y perjudicial confundir estas organizaciones con la de los revolucionarios,

borrar entre ellas las fronteras, extinguir en la masa la conciencia, ya de por sí increíblemente oscurecida, de que para “servir” a un movimiento de masas es necesario disponer de hombres que se consagren especial y enteramente a la acción socialdemócrata, y que estos hombres deben forjarse con paciencia y tenacidad hasta convertirse en revolucionarios profesionales.

Sí, esta conciencia se halla oscurecida hasta lo increíble. Con nuestros métodos primitivos de trabajo hemos comprometido el prestigio de los revolucionarios en Rusia: en esto radica nuestra falta capital en materia de organización.

Un revolucionario blandengue, vacilante en las cuestiones teóricas, limitado en su horizonte, que justifica su inercia por la espontaneidad del movimiento de masas, más semejante a un secretario de sindicato que a un tribuno popular, sin un plan audaz y de gran extensión, que imponga respeto a sus adversarios, inexperienced e inhábil en su oficio (la lucha contra la policía política), no es un revolucionario, sino un mísero artesano!

Que ningún militante dedicado al trabajo práctico se ofenda por este

1. Lenin alude a su actuación revolucionaria en Petersburgo desde 1893 a 1895.



Una de las asambleas de petroleros en Santa Cruz, en 2011, en el curso de la lucha en defensa de su organización sindical de manos de la intervención de la federación, el gobierno provincial de Peralta y de Repsol-Eskenazi y por la convocatoria a elecciones.

duro epíteto, pues, en lo que concierne a la falta de preparación, me lo aplico a mí mismo en primer término. He trabajado en un círculo¹ que se asignaba tareas vastas y omnímodas, y todos nosotros, miembros del círculo, sufríamos lo indecible al ver que no éramos más que unos artesanos en un momento histórico en que, parafraseando el antiguo apotegma, se podría decir: ¡Dadnos una organización de revolucionarios y removeremos a Rusia en sus cimientos!

Y cuanto más frecuentemente he tenido que recordar el agudo sentimiento de vergüenza que experimentaba entonces, tanto más se ha acrecentado en mí la amargura sentida contra esos seudosocialdemócratas, cuya propaganda “deshonra el nombre de revolucionario” y que no comprenden que nuestra obra no consiste en abogar que el revolucionario sea rebajado al nivel del artesano, sino en elevar a éste al nivel del revolucionario. ■



cuadernos de difusión del marxismo-leninismo-maoísmo



CARLOS MARX



FEDERICO ENGELS



VLADIMIR LENIN



JOSÉ STALIN



MAO TSETUNG

Otros trabajos de Lenin en esta colección

1 Tres fuentes y tres partes integrantes del marxismo. 3 Sobre el Estado. 6 El imperialismo. 9 Sobre el Partido. 11 La Juventud. 14 Las elecciones y la dictadura del proletariado. 17 La Comuna de París. 18 El movimiento de mujeres. 22 La prensa partidaria. 23 El problema agrario. 26 Dos tácticas. 32 Sobre la dialéctica. 35 La revolución rusa. 46 Las mujeres y la revolución. 50 La insurrección. 54 El marxismo y la insurrección. 55 La guerra de guerrillas. 59 Sobre el programa. 63 La doctrina de Marx. 64 La economía marxista. 65 El socialismo. 68 Ejército revolucionario y gobierno revolucionario. 72 Las armas. 75 La milicia popular. 81 El "izquierdismo". 82 Los compromisos. 87 Tesis de Abril. 90 Marxismo y revisionismo. 92 El Estado comuna. 93 La dictadura. 94 Ante la catástrofe.

Ultimos Cuadernos publicados

100 Engels: La filosofía dialéctica / 101 Engels: La plusvalía / 102 Stalin: El leninismo / 103 Lenin: La transición al comunismo / 104 Lenin: El problema nacional / 105 Lenin: Situación revolucionaria / 106 Lenin: ¿Qué hacer? / 107 Lenin: La organización / 108 Lenin: Partido y clase / 109 Wells: Entrevista a Stalin / 110 Marx-Engels: La autoridad / 111 Lenin-Zetkin: La mujer / 112 Mao: La superstición / 113 Mao: Prevenir errores / 114 Mao: Fortalecer la unidad / 115-116 Krúpskaia: Octubre (I) y (2) / 117 Stalin: La nación / 118 Stalin: La cuestión campesina / 119 Mao: Los dos aspectos / 120 Mao: La dinámica ideológica / 121 Mao: Los desórdenes / 122 Marx-Engels: Tesis sobre Feuerbach / 123 Lenin: La flexibilidad / 124 Engels: La filosofía alemana / 125 Stalin: La Segunda Guerra Mundial / 126 Marx: La Economía Política / 127 Marx: Valor y trabajo / 128 PCR: El clasismo revolucionario / 129 PCR: Sobre el terrorismo / 130 Guevara: Discurso de Argel / 131 Marx: Trabajo y ganancia / 132 Mao: Los intelectuales / 133 Mao: La URSS y la guerra interimperialista / 134-135 Stalin: Lenin (I) y Lenin (II) / 136 Guevara: El hombre nuevo / 137 Dimitrov: Contra el sectarismo / 138 Gramsci: Los comunistas y los sindicatos / 139 Díaz: El Frente Popular / 140 Pasionaria: No pasarán / 141-142 Mao: La Revolución Cultural (I y 2) / 143 Ponce-Mella: La educación / 144 Mariátegui: Lenin / 145-146 Mavrakis: El trotskismo (I y 2) / 147 Lenin: Problemas del socialismo / 148 Mao: Carta a Chiang Ching / 149 Mao: La economía del socialismo / 150 Gramsci: Espontaneidad y conciencia / 151 Mao: Temas filosóficos / 152-153: Guevara: Marx y Engels (I y II) / 154-155: O. Vargas: Los ignorados (I y II) / 156-157 Lenin: Sobre la cooperación (I y 2) / 158 Marx-Engels: Manifiesto del Partido Comunista / 159 Marx: Crítica al programa de Gotha (I) / 160-161 O. Vargas: Somos el partido del comunismo (I y 2) / 162 Marx: Crítica al programa de Gotha (2) / 163 Mao: Las clases en el campo / 164 Guevara: La transición socialista / 165 Mao: Contra el culto a los libros / 166 Mao: La transición socialista / 167-168 Mao: El frente único (I y 2) / 169 Engels: Economía Política / 170 Gramsci: La caída de la tasa de beneficio / 171 Mao: La unidad del Partido / 172 Myrdal: China: La revolución continuada / 173 Mao: Como tratar los errores / 174 O. Vargas: La lucha de ideas / 175 P.C. de China: Dos caminos en el socialismo / 176-177 N. Podvoiski: Lenin y la insurrección / 178 Lenin: Los revolucionarios y los compromisos / 179 PCR: El clasismo revolucionario / 180-181 Lenin: Sobre el sindicalismo (I y 2) / 182 Mao: Corrijamos las ideas y métodos erróneos / 183-184-185-186 Lenin: El Estado y la revolución (I, 2, 3 y 4) / 187-188 PCR: El carácter de la revolución (I y 2) / 189-190 Serge: Sobre la represión (I y 2) / 191-192 Lenin: Sobre el antiparlamentarismo (I y 2) / 193-194 PCR: La rebelión agraria (I y 2) / 195 Guevara: La conciencia revolucionaria / 196-197 Vargas: El marxismo y la revolución argentina / 198-199 Lenin: Los revolucionarios y las elecciones (I y 2) / 200 Lenin: Los revolucionarios y los pactos electorales.

Pídalos a su
distribuidor.
Los miércoles
en su kiosco

hoy

SERVIR AL PUEBLO

SEMANARIO DEL PARTIDO COMUNISTA
REVOLUCIONARIO DE LA ARGENTINA